

ES POSIBLE EL DIALOGO CON NUESTROS HERMANOS SEPARADOS

Juan Francisco Nothomb.
Hermanito del Evangelio.

Este artículo constituye la segunda parte del publicado en Noviembre pasado en esta misma revista con el título "Perfil típico del Ecumenismo en Latino América" y debido al mismo autor Juan Francisco Nothomb. En el primero se planteaba el problema, en este segundo se hace más incisivo en las soluciones que puede tener. De él se deduce que la verdadera y única manera de llegar a una unión es el derroche de caridad, aunque no se vea correspondencia por la parte evangélica.

Es Posible el Diálogo.

Dada la situación que describíamos en el primer artículo, ¿será imposible todo diálogo ecuménico en América Latina?

Citamos la frase de un Vicario Apostólico de una zona misionera del continente americano: "El ecumenismo en Roma es muy bello, pero aquí, en el terreno, es otra cosa". Es necesario comprender bien esta frase. Es cierto que es mucho más sencillo discutir la cuestión ecuménica en el clima más sereno de un encuentro a nivel de los dirigentes, y sobre todo cuando se trata de una cosa sagrada como lo es el esfuerzo hacia la unidad querida por Dios, que discutirla sobre el terreno, en donde afrontamos una situación bien concreta, en la mayor parte de los casos extremadamente compleja y delicada. Hay acaso algo más penoso que predicar el mismo Dios y, en nombre de ese Dios, atacar lo que dice el que está enfrente? Es una suerte que se pueda discutir en el nivel superior en forma más serena, porque, de otro modo, la cuestión no avanzaría sino a paso de tortuga o se estancaría del todo. Ya el hecho de que nuestros dirigentes discutan esta cuestión es una esperanza inmensa de que suavemente, sobre el terreno, se tomarán también actitudes cada vez más favorables para un clima de amor mutuo y de unidad. En este sentido, esta frase significa que es necesario desechar, desde el fondo del corazón, vencer algún día las dificultades y estar listo a todo esfuerzo, sin peligro de la verdad, para alcanzar ese objetivo. Pero si esta frase quiere decir que sobre el terreno no puede hacerse nada, entonces la situación puede considerarse como desesperada, porque la simple lucha no trae jamás consigo la luz total. Por otra parte, es indigno de un cristiano desesperarse: "Jesús es el Maestro de lo imposible".

Razones afirmativas: 1) — la caridad.

Hay, por consiguiente, muchas razones que nos hacen responder afirmativamente a la posibilidad de un diálogo ecuménico aquí, sobre el terreno.

La primera de todas, y sin comparación la más importante, es la caridad de Dios que nos presiona y su voluntad expresa de que todos aquellos que lleven su nombre sean uno, no solamente en una unidad espiritual, sino también en una unidad visible. Lo que nos une es un lazo muy fuerte: la fe en la Santísima Trinidad, en Jesús Salvador, significada por el bautismo, que nos hace miembros del Cuerpo Místico de Cristo y es la única gracia que actúa en todos nosotros. Es cierto que muchos hermanos protestantes no se han abocado a este problema y que no sienten la angustia de la separación. Esta no es, sin embargo, una razón para no comenzar a dialogar. Por otra parte, el movimiento que lleva a la Iglesia Católica y a todas las Iglesias hacia la búsqueda de la unidad ha tomado desde hace algunos años tal amplitud que ningún cristiano puede dejar de tenerlo en cuenta. Lo que ha sucedido en tan poco tiempo, bajo la acción del Espíritu Santo y con el servicio de algunos pioneros, ignorados al comienzo, como todos los pioneros, era imprevisible hace apenas una década. En el Concilio todo el episcopado ha tomado conciencia de este problema, aun los obispos de las diócesis donde nunca se ha presentado. Es verdaderamente un problema de la Iglesia toda entera, de la cual todos somos responsables. Por esto no podemos invocar el hecho de que aquellos con quienes queremos dialogar no buscan ese diálogo. A nosotros nos corresponde superar la dificultad por nuestra actitud fraternal, aun en las situaciones delicadas... La caridad, siempre activa en quienes están en estado de gracia, sabe inventar esos medios... Se trata de aprender a

conocerse, más que de discutir. La discusión no puede dar frutos sino en un clima preparado, y es ese clima lo que es necesario preparar. Y lo primero debe ser hablar juntos. Es sorprendente comprobar hasta qué punto nuestros hermanos separados conocen mal a la Iglesia Católica y sus enseñanzas. ¡Cuántas ideas falsas, cuántas verdades a medias, cuántos errores en sus juicios respecto a nosotros! Y es necesario confesar también: cuántas ideas falsas, cuántas verdades a medias, cuántos errores de nuestra parte en relación con ellos, por falta de conocimientos mutuo.

La caridad nos fuerza a pensar también en aquellos a quienes evangelizamos, y aquí hablo sobre todo de las misiones en tierras paganas, aunque esto puede aplicarse también a otros sitios donde existen comunidades protestantes jóvenes en vías de formación. Imaginémonos la tribulación que puede suscitar en el pensamiento de los paganos primitivos a quienes nos aproximamos, el hecho de que estamos divididos. El autor de estas líneas vivió este problema en una forma muy concreta. A 30 kilómetros de nuestra misión existe otro poblado Makiritare donde vive un matrimonio misionero protestante. En el espíritu de nuestros amigos indios, que tienen tendencia a juzgarlo todo o exclusivamente bueno o exclusivamente malo, ¿cómo hacerles comprender que no estamos de acuerdo con lo que enseñan los otros, pero que, a pesar de esto, en el plano personal, tenemos relaciones de amistad con el pastor? La caridad y la verdad nos prohíben responder que son malos, como a menudo nos lo sugieren las preguntas de nuestros hermanos primitivos. Sería tan simple responder: "Sí, son malos", pero esto sería falso. A menudo me digo a mí mismo que el testimonio amistoso que, como discípulos de Jesucristo, nos demos frente a nuestros amigos indios, a pesar de estar separados, será a la larga más fructífero para la extensión del reino de Dios, que un estado latente de lucha y de proselitismo activo en territorio ajeno. El problema es sumamente delicado porque hay una verdad objetiva que es necesario defender y que nuestros nuevos cristianos no pueden todavía detectar antes de tener cierta experiencia. Hay por consiguiente, el deber de defender el rebaño que nos ha sido encargado. Pero aun en esto creo que sólo la caridad activa puede hacer encontrar la solución a este problema delicado. De otra manera existe el riesgo de que nos convertamos en "ladrones del rebaño en vez de guardianes del rebaño", como me lo decía recientemente un pastor, refiriéndose tanto a los protestantes como a los católicos.

2 — La unidad, enriquecimiento; la separación, amputación.

Otra razón que debe impulsarnos al diálogo es el hecho de que la unidad es un enriquecimiento y de que toda separación entre hermanos es una amputación, un empobrecimiento.

Por supuesto, nosotros los católicos sabemos que sólo la Iglesia enseña la verdad entera, bajo la guía del Espíritu Santo que la garantiza contra todo error, para todo lo que se refiere a lo esencial del dogma y de la moral. No se trata, por lo tanto, para dialogar o para comenzar el diálogo, de hacer un sinccretismo que no puede hacer otra cosa que llevar al indiferentismo. Es seguro que la separación o las separaciones sucesivas no han quitado nada de esencial a la sola y única verdadera Iglesia de Jesucristo. Pero no olvidemos que en toda separación hay siempre culpa por ambas partes. Sería demasiado fácil culpar al otro y considerarse orgullosamente como inocente. El reconocimiento solemne, por parte del Papa Paulo VI, en su discurso de apertura de la III Sesión del Concilio, de las faltas personales de los católicos y de la manera humilde en la cual él pidió perdón a nuestros hermanos separados, debe quitarnos definitivamente toda tentación de superioridad en el plano personal. Por otra parte, es suficiente leer la historia de la Iglesia para descubrir hasta qué punto, en ciertos casos, nosotros tenemos mucha parte de la responsabilidad en las separaciones. Pensemos también en todos los endurecimientos, en sentido contrario, que provoca toda reacción. Por ejemplo, la falta de meditación frecuente de la Sagrada Escritura por parte de tantos católicos en una consecuencia de las doctrinas extremistas de los reformadores del siglo XVI. Pensemos también en las deformaciones y exageraciones de ciertas prácticas del culto, particularmente el de los santos, cuyos rasgos están todavía en nuestros días tan visibles en la imaginaria de mal gusto de tantas de nuestras iglesias.

3 — Aprender algunos métodos tuyos de evangelización.

Hay también otros planos sobre los cuales tenemos que aprender o refrescar lo que aprendimos, y donde la manera de actuar de nuestros hermanos separados en el plano práctico de la evangelización puede servirnos de ejemplo y de lección. Al decir esto pienso particularmente en el celo que ellos demuestran, en el sentido de poner en manos de sus fieles, lo más rápidamente posible, el texto íntegro de las Sagradas Escrituras y de hacerlos rezar en su propio idioma. Es necesario reconocer su magnífico esfuerzo de organización interconfesional para las ediciones bíblicas. Es necesario reconocer que en este plano estamos seriamente atrasados, y un Padre del Concilio lo señaló así en sesión pública. Es necesario admirar también su preocupación por aprender lenguas indígenas, así como todos los esfuerzos de adaptación que hacen para conocer la mentalidad de aquellos a quienes quieren evangelizar. Hay otro punto en el cual me parece que las misiones católicas tienen un serio retardo y en relación con el cual nuestros hermanos separados tienen gran experiencia. Las misiones han permanecido

entre nosotros, hasta ahora, demasiado exclusivamente reservadas a los especialistas, que son los religiosos. Falta en nuestros territorios de misión en tierra pagana el testimonio irreemplazable de los laicos y, sobre todo, de matrimonios cristianos: se trata, en el fondo, de una toma de conciencia de la importancia del apostolado de los laicos que es necesario redescubrir.

El hecho de que la inmensa mayoría de los misioneros protestantes son casados y tienen, por consiguiente, responsabilidades de familia, tiene ciertamente una importancia muy grande. Por supuesto que a nuestros hermanos separados les falta el sacerdocio y el valor irreemplazable del celibato voluntario, por amor de Dios y por amor de los hombres, testimonio del absoluto Dios; en este punto los protestantes han de aprenderlo todo de nosotros. Es cierto que la presencia de matrimonios en las misiones plantea a estas familias problemas serios para la educación de los hijos. Pero la forma en que nuestros hermanos separados los afrontan y los resuelven nos demuestra que, en definitiva, no constituye un obstáculo.

Es cierto también que la exigencia de suprimir el uso de las bebidas alcohólicas, aunque no se justifique en el plano doctrinal y aunque no tenga ningún fundamento en la Escritura, tiene un valor muy positivo. No se pueden ignorar los desastres que causa el abuso del alcohol en las poblaciones subdesarrolladas. Y la experiencia nos demuestra lamentablemente que nuestras poblaciones indígenas, tan sanas desde el punto de vista físico y moral en su medio tradicional, son minadas por el alcohol, una vez que se ponen en contacto con la población blanca. Aquí también debemos de aprender de nuestros hermanos separados en este plano de moral práctica.

Nuestro peligro de actitud frente a su éxito actual y futuro.

Una última cuestión me parece todavía importante, en relación con un peligro que amenaza a los católicos frente al éxito actual y el crecimiento numérico de las comunidades protestantes: es el peligro del endurecimiento, de la acritud. Este peligro no es irreal.

Es cierto que las comunidades protestantes de América Latina navegan viento en popa, y que se puede prever normalmente, humanamente, su progresión en número, en detrimento, como es natural, de la Iglesia Católica. Es cierto que en los años próximos aumentará el personal misionero; la propaganda por radio es intensa y, en general, bien hecha; el terreno humano está totalmente preparado y las comunidades protestantes tienen el entusiasmo de los que comienzan, sin el peso de una institución, ne-

cesaria, pero a veces demasiado pesada; de aquí que se adapten fácilmente a las necesidades concretas, siempre diversas. Son comunidades jóvenes, y por ello fervientes y acogedoras, que constituyen una fuente de alegría y de consuelo para quienes las dirigen, por lo cual resultan eminentemente misioneras, en tanto que en nuestras tierras de tradición católica, los sacerdotes, muy aislados espiritualmente y a menudo también humanamente, tienen pocos consuelos apostólicos y a menudo están tentados a desanimarse. No se podrá impedir ese progreso con medidas puramente negativas de defensa o con condenaciones. Hay que hacer frente a este peligro de endurecimiento que no es ilusorio, una llamada a la humildad a todos los católicos, a fin de que miren la situación con realismo, para tratar el valor de autocriticarse y de reformar lo que sea menester. Una vez más, el ejemplo dado por el Concilio es una llamada a todos los católicos, cada uno en su campo propio, para que hagan seriamente un examen de conciencia.

En cierto modo, esto es volver a la gran cuestión planteada a la Iglesia por la presencia de los misioneros protestantes en nuestro suelo. La falta de obreros apostólicos, sacerdotes o laicos, es trágica. Inútil es tratar de encubrir esta herida muy dolorosa, agujón permanente en la carne de la Iglesia Católica en América Latina.

Pero el hecho está ahí: nuestros fieles no son evangelizados como debieran serlo. La Iglesia, que es madre, se ve obligada, por imposibilidad, a dejar de alimentar un número incansablemente creciente de sus hijos, confiados a ella por la Divina Providencia. Esto constituye un sufrimiento que debería quitarnos el sueño. La solución no puede estar sino en la intensificación de la santidad en todos los fieles conscientes de la Iglesia, para que entre el laicado surjan numerosas vocaciones sacerdotiales, religiosas y laicas, para atender a la viña del Señor. Ojalá que la presencia de nuestros hermanos protestantes sea también un agujón que nos ayude a tomar conciencia de nuestra responsabilidad espiritual y apostólica y que el drama de nuestra separación nos oriente a todos, protestantes y católicos, hacia una búsqueda, cada vez más seria, de la voluntad de Dios en cada uno de nosotros¹.

(1) Hay numerosos pasajes del Decreto Conciliar sobre el ecumenismo que sería necesario citar. Este texto debe leerse y releerse (Ediciones Paulinas). Cito sólo un pasaje: "Los católicos misioneros que trabajan en el mismo país que otros cristianos, deben conocer especialmente hoy las cuestiones que plantea el ecumenismo a su apostolado y los resultados que éste obtiene". (Capítulo III).